

PERLA SUEZ: EN LA PIEL DE UNA NIÑA MAPUCHE

ENTREVISTA

SELNICH VIVAS HURTADO

Profesor de Literatura Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia
Ilustración *Pájaro gato gris (Dumetella carolinensis)*, Kevin Simón Mancera.

¿Qué significado tiene *El país del diablo* dentro de tu amplia producción literaria?
¿Cómo lograste combinar la investigación de fuentes históricas con la escritura poética y la transparencia contundente de la fotografía?

Intenté poner en escena una historia que habla de la identidad, del destierro, la violencia, la memoria. Fueron deseos ambiciosos. Son problemáticas que he venido trabajando desde hace tiempo, pero en *El país del diablo* el escenario es otro y la mirada la puse sobre otro tipo de construcciones identitarias. Lo único que tenía entre manos era que no quería repetirme y que quería contar lo que no me contaron. A través de la ficción, necesitaba desenterrar otra historia del pueblo mapuche en este lugar de la Patagonia. La ficción, en definitiva, puede contar precisamente la historia que nunca se contó, la esencia de una cultura que se quiso tapar.

A la hora de escribir *El país del diablo* tenía claro que no quería escribir una novela realista y que la Historia tenía que ser sólo un telón de fondo, apenas una ayuda para contextualizar. Traté de alejarme de la mirada nostálgica, romántica del siglo XIX y comienzos del XX y, sin embargo, necesité volver a algunas lecturas de los clásicos: *El corazón de las tinieblas*, *Moby Dick*, *El desierto de los tártaros* fueron libros centrales, matrices. Soy una escritora que respira en el siglo XXI y la respiración de la novela tenía que ser desde este presente.

Me documenté con un libro que fue fundamental: *Testimonio de un cacique mapuche* de Lonco Pascual Coña. Este libro está escrito por un pequeño y enérgico mapuche que le dicta su vida a un padre misionero capuchino de la Araucanía. Empecé a entrar en la cosmogonía del pueblo mapuche y quedé fascinada. Después llegó a mis manos *Un*



desierto para la nación de Fermín Rodríguez, un gran ensayo. Y de pronto estaba documentándome con la antropología y la cosmogonía de los pueblos originarios.

Sí sé que el desierto manda en *El país del diablo*, el viento insoportable, los cardales, el sol que mata todo, un cuervo lucha con una serpiente, un puma destroza el cuerpo de un guanaco, del cielo bajan pájaros carroñeros, las moscas azules, el frío de la noche. El gran protagonista de la novela, junto a Lum, fue para mí el desierto, un gran ojo que habla, un gran ojo que narra.

Ha sido muy fuerte tratar de ponerme en la piel de Lum, una niña de catorce años, viniendo yo de la cultura centroeuropea, con abuelos que me transmitieron la cábala y la Torá. La fuerza del desierto es demasiado terrible y maravillosa como para soportar cualquier sombra. Yo estoy circundada por el desierto porque a mí de niña mis abuelos me contaron cómo escaparon y cómo fueron perseguidos, cómo andaban por el desierto vagando y cómo las tribus se dispersaron. No casualmente quería llegar al hueso, a la esencia. Hueso es una palabra muy importante porque nuestra esencia está en los huesos.

La literatura es poder visualizar y yo necesité contar en imágenes esta historia. Toda la fotografía y el cine nutrieron mi trabajo. Sentí que había una conexión muy importante, necesité disparar como si tuviera una cámara en la mano. Tenía ganas de que hubiera una cierta rareza, algo onírico. Y eso busqué en el personaje de Deus, el fotógrafo, a quien en plena Patagonia se le aparece París, un París con que soñaban muchos en esa época.

En la historia latinoamericana Domingo Faustino Sarmiento, el General Roca y la Campaña del Desierto fueron erigidos como símbolos del progreso y la civilización. ¿De qué manera

El país del diablo rompe con estos engaños históricos de larga duración en la conciencia colectiva? ¿Por qué la literatura argentina ha tardado tanto en reconocer los saberes y las estéticas ancestrales, sus raíces indígenas y afrodescendientes?

La machi anciana, asesinada cruelmente, y la machi joven, asesina por defensa de su cultura, instauran una forma de resistencia cultural en *El país del diablo*. ¿Cómo leer la novela desde los feminismos indígenas y no necesariamente desde los feminismos europeos?

Yo tengo contradicciones porque mis abuelos escaparon de la Rusia zarista y no los mataron porque Argentina les dio un lugar y una tierra para trabajar y esa fue política de Julio A. Roca. Sin embargo, fui cuestionando por qué la política del “progreso civilizatorio” necesitaba matar indios, matar culturas. La Campaña del Desierto fue un genocidio, pero hay sobrevivientes que son los que hoy están luchando por su lugar en la tierra.

¿Quiénes son los bárbaros? ¿Quiénes los civilizados? Nos vendieron la idea que eran civilizados los blancos que venían de Europa y traían el progreso y que eran bárbaros los indios. Me acuerdo en la escuela los dibujos de los libros de lectura: los indios desnudos con un trapito en la cola y una flecha venenosa incrustándose en un *winka*, en un blanco. Me interesó preguntarme todo de nuevo desde la ficción, haciendo otro camino diferente.

La tradición literaria argentina, ya en la segunda mitad del siglo xx, nos dio novelas fundamentales donde todo el proceso de civilización versus barbarie está ya instaurado. Una de esas grandes novelas es *Fuegia* de Eduardo Belgrano Rawson, que recrea ficcionalmente el sometimiento y genocidio de los pueblos originarios de Tierra del Fuego. También *Eisejuaz*, de Sara Gallardo, testimonio de un indio matak. La preocupación por la desterritorialización forzada aparece también en la novela de Leopoldo Brizuela *El placer de la cautiva*, en *El año del desierto* de Pedro Mairal y en uno de los cuentos más hermosos de Antonio Di Benedetto, “Aballay”. Todas enormes lecturas que también trabajaron dentro de mí.

Aunque no es el tema central de esta novela, trabajé con una problemática que se ha visibilizado ahora pero sucede desde la edad de piedra: los feminicidios. Después de la muerte de la machi, muere la madre de Lum en manos de un hombre blanco que era su pareja. En la novela tomo ese pasado, esa época y a esos soldados, pero los miro desde una perspectiva del siglo xxi, desde lo que nos está pasando en un mundo tan oscuro. La ficción corre como un río, tiene el talento de anticipar y contar una historia diferente a la que nos contaron. Las escritoras nos anticipamos con la ficción; la literatura toma la memoria, la lleva al futuro y no al pasado. Las mujeres estamos cuestionando el patriarcado y toda una cultura machista. Pienso que nuestra manera de ver el mundo ha hecho que nos abramos y podamos empezar a tener lugares en el arte y en la literatura.

En el capítulo “La quema” se registra una escena terrible, propia del mundo civilizado que nos recuerda la Ilustración francesa, la imprenta y la guillotina en la Haití independiente. El fotógrafo Deus registra el momento en el que el sargento apuñala a la machi anciana. El tiempo de larga exposición de su cámara oscura hace más larga y más perversamente heroica la idea de eliminar lo salvaje para imponer la máquina. ¿Qué papel jugaron los artistas, los poetas, los científicos, los antropólogos, en la borradura de las culturas ancestrales argentinas y chilenas?

¿Cómo te sentirías si tu novela se tradujera al mapudungun y nuestras comunidades ancestrales de Chile y Argentina la pudieran leer y escuchar en su lengua a través de la radio o, por qué no, que una machi contemporánea la contara de manera oral a sus familias, a sus nietas?

Es una pregunta interesante y difícil de responder. La ficción siempre manda y va construyendo una trama a medida que uno trabaja. Estaba buscando la génesis, el origen, para desde ahí rastrear la memoria. Pero ¿cuál memoria? ¿La que me contaron o la que la ficción intenta recrear? Después de documentarme, arremetí en torno a la vida de los mapuches y empecé a revisar a Mircea Eliade (entre otros estudiosos) y descubrí cómo los pueblos ancestrales, que venían de Asia, llegaron a estas tierras. Y entonces empezaron las preguntas, ¿cuál es el comienzo de la historia de Argentina? ¿Cuál? ¿De dónde viene nuestra condición humana? ¿Por qué no pudimos aceptar la convivencia con esas culturas tan ricas? ¿Por qué hubo que eliminarlas? ¿Por qué esa xenofobia está siempre palpitando en la historia de América Latina y el Caribe? ¿Por qué? Todo eso me pregunté, todo eso me ayudó a mover esos huesos simbólicos para visualizar dónde estaba parada.

Si eso llegara a suceder, sería un reto contra la violencia que fue la idea con la que me planteé escribir esta historia. Me parece que sería una relectura importante que podrían hacer los mapuches, los escucharía atentamente porque tal vez les pueda llegar desde el mismo lugar porque todos somos parte de la condición humana. Tal vez así podríamos volver al hueso, volver a lo más esencial de nosotros. ■

